

Sobre los apellidos Tur y Planells

Por M. LLOBET ROMAN

Revolviendo papeles familiares cae en mis manos un curioso certificado expedido por el inefable don Antonio de Lupián Zapata, enredador profesional, inventor de cronicones y ejecutorias de nobleza, que tanta huella dejó en Ibiza a su paso por nuestra Iglesia, y que, pese a que sus certificados sólo contribuyen a extraviar al investigador por los inmensos campos de su calenturienta imaginación, no me resisto a la tentación de publicarlo por lo comunes que son los apellidos Tur y Planells en Ibiza.

Aparece dicha certificación en un documento compuesto por cuatro cuartillas, dos de las cuales —las centrales— están escritas por ambas caras y las exteriores hacen de tapas en blanco.

Se inicia el curioso expediente con una instancia suscrita por el Licenciado don Juan Tur, escrita en ibicenco, en la que se suplica al Muy Ilustre don Antonio Lupián Zapata se le dé noticia y facultad de las armas que corresponden a los linajes Tur y Planells para que «dit suplicant puga obrir sello y posar tan en public com en secret».

Continúa con una diligencia puesta por el propio Lupián Zapata, que reza: «por presentada, y que estoy pronto para dar la certificación que pide en la petición Ut Supra».

Y la certificación que da es del siguiente tenor:

«Certifico yo, Don Antonio de Lupián Zapata, Prior de Santa María de Requesenes, Cronista general de Su Magestad Católica, erario general del Principado de Cataluña, que en el libro de erariato de dicho principado entre los caballeros Donceles in verbo TUR están anotadas las palabras siguientes: «Los del llinatge de TUR son cavallers Donzells, los quals vingueren de la villa de la Tur de Fransa ab lo Rey Lluís Piu. Ses armes son una torra de Argent y tres flors de llis de or en porta de blau com assi estan pintadas.» (Sigue primorosamente pintado un escudo heráldico en el que se aprecia una torre de cuatro almenas con una puerta sobre la que sobresale otra torre similar y más peque-

ña, sin puerta, encima de la que aparece otra tercera igual pero aún más reducida. A la derecha e izquierda de dicha torre y encima de ella aparecen sendas flores de lis.)

Completa el curioso catalán transcrito la siguiente advertencia en castellano, al parecer del propio Lupián Zapata: «Y se advierte que cuando los del linage de Tur vinieron a Cataluña, la villa de Tur era de España como aparece de antiguas memorias de dicho principado, conque los de Tur son españoles y franceses». Y continúa:

«Otro sí certifico que en el mismo libro de dicho erariato in verbo PLANELLS están anotadas estas palabras: «los de PLANELLS son cavallers del paratge y son naturals catalans, la qual casa solar es en lo Bisbat de Vic en lo territori de la ciutat de Manrressa. Sas Armas son un cisne de plata en porta de Blau y deball del cisne tres fondas de Blau y Argent com estan assi pintadas.» (Aparece dibujado el supuesto escudo de los Planells, en el que se ve un cisne caminando sobre tres olas.) Y sigue:

«Y por que me ha constado quel Reverendo Mosén Juan Tur Beneficiado de la Santa Iglesia de Ibiza es descendiente de dichos dos ilustres linages, le doy licencia para que pueda usar de dichas armas así en lo público y puertas de sus casas como en sus sellos, sepulcros y otras partes donde se acostumbran poner dichas armas y para que conste y sea a todos notorio di la presente en mi casa de dicha ciudad de Ibiza en veinte y uno de mayo de mil seiscientos sesenta y seis; y lo firmé de mi nombre y puse aquí el sello acostumbrado de mis armas.» Sellado con un historiado sello y firmado: D. Antonio de Lupián Zapata.

Es curioso observar que para tranquilizar su conciencia de hombre y cronista meticoloso y exacto, el paborde Zapata concluye el certificado con la siguiente nota: «En la primera página está corregido petición. valga».

M. LLOBET ROMAN

La isla y el tonel

Por José Miguel de la Fuente

1. — «NADA NUEVO BAJO EL SOL» DE IBIZA

Profesor de Griego, rodeado por múltiples sensaciones helénicas en el marco de mi tarea diaria, lector de muy diversos escritos, comentarios, teorizaciones, vanas palabrerías oportunistas sobre el mundo hippy, testigo de sus externas andanzas, no logro escabu-

lirme de la tentación de una comparación «odiosa» que me brinda la historia de un remoto pasado.

Andariego de vocación por los caminos más polvorientos de la Castilla abierta y por otros más largos y centrifugos que irradian a los infinitos puntos cardinales de España, he recibido mil preguntas y se me han manifestado deseos sinceros de informa-

ción sobre los hippies. En España se habla del hippy casi tantas veces como de fútbol. La ebullición de este advenimiento social resulta palpable. Suscita curiosidad, atrae, interesa, extraña, preocupa, inquieta.

Me atrevería a confesar que el movimiento hippy resulta extraño, revolucionario en la segunda mitad de nuestro siglo porque los occidentales hemos olvidado muchas profundas lecciones de nuestra Historia. También añadiría que por tenerlas olvidadas precisamente, ha renacido en los arrabales de nuestra cultura una actitud vital de inhibición que ya otros marginados sociales adoptaron allá en una profundidad histórica de veintitrés siglos.

2. — PARALELISMO HISTÓRICO

Avanzaban los primeros decenios del s. IV a.C. Esparta y Atenas desangradas, laceradas política y económicamente, cultural y moralmente por los avatares de la guerra interhelénica del Peloponeso —treinta años de hostilidades— se esforzaban por engendrar un nuevo milagro. Pero su Historia y su decadencia se revelaron irreversibles.

Se efectuó una revisión racionalista y severa de los puntales que sostenían la democracia ateniense. Ni las ciencias ni la política ni la religión ni las formas de vida se escaparon al bisturí de la crítica. Sócrates, apurando la cicuta y el aroma de su nuevo sentido de la virtud, quebraba en brecha irreparable la muralla de un viejo mundo de conciencias anticuadas.

En aquel panorama de escombros morales y físicos, perdida la fe en los supuestos de una sociedad secular, se ensayan actitudes renovadoras ante la vida. Mencionaremos aquí la de la Escuela Cínica, no para revalorizarla ni para desestimarla, sino e calidad de mero hecho histórico y social comparativo.

La Escuela de los filósofos cínicos tuvo un teorizador en aquel Antístenes de Atenas, ciudadano espúreo, hijo de ateniense y esclava, y tuvo sus prosélitos prácticos en Diógenes de Sinope y Crates de Tebas, auténticos hippies contemporáneos de Alejandro Magno.

Corrían los decenios de la segunda mitad del s. XX. Japón y Alemania desangradas, brutalmente laceradas por los avatares de la segunda guerra mundial, se afanaban por engendrar sus presentes milagros. En estas circunstancias vino a ser irreversible el trauma universal que brotó de la conciencia de incapacidad de unas potencias vencedoras y de una cultura de veinte siglos abocada al desequilibrio social y aniquilamiento atómico. El pensamiento occidental se ve forzado a revisar los supuestos de su propia cultura que no sale muy bien parada.

En este paralelismo histórico al procesamiento de Sócrates, que conmovió las conciencias antiguas, le corresponde el juicio de Núremberg, sin cicuta. Surgen hodiernos Antístenes, predicadores de la contracultura, y empiezan a tomar posiciones los cínicos de nuestro tiempo.

Diógenes, en su voluntario marginamiento social, optó por habitar un tonel abandonado en los arrabales de Corinto, cerca de la colina de Cranión. Un buen día, conquistada la ciudad por Alejandro de

Macedonia, recibió una visita personal del gran potentado.

—Pídemelo cuanto necesites. Mi poder y mi favor están de tu parte.

Y Diógenes, en quien se adivina su leve mueca de indolente gracejo, le respondió sentado en la boca de su tonel:

—Por favor, ten la delicadeza de apartarte, que me estás quitando el sol.

El cínico y el hippy tratan de integrarse en la Naturaleza. Y la Naturaleza es para ellos el máximo favor.

3. — PRINCIPIOS TEÓRICOS DE LA FILOSOFÍA CÍNICA

Uno de los ataques más frecuentes a la actitud hippy suele ser la opinión de que viven ideológicamente a salto de mata, sin esquema de principios que dé sentido a su comportamiento. Tal vez falte una teorización sistemática de cara al público, pero no es menos cierto que la esencia de su marginamiento es una praxis para la cual un esquema especulativo previo es innecesario. Tal vez las articulaciones de su conducta podamos apreciarlas en la formulación de principios que Antístenes fijó para la Escuela Cínica.

3.1. — Epistemología

En cuanto a la teoría del conocimiento los cínicos profesaban el puro «nominalismo». Acerca de los elementos componentes de las cosas físicas y espirituales no tenemos los hombres ninguna clase de conocimientos; nos limitamos a llamarlos por sus nombres, entendiendo que nombrar no exige conocimiento ni cualifica las cosas y los seres.

Los marginados hippies tal vez profesen un cierto «nominalismo» científico, en cuanto aprecian que los estamentos sociales tratan de ser impulsados a base de la utilización de un cierto nominalismo pragmático y vacío. Puesto que a una dialéctica vana formulada a base de democracias, igualdades, justicias, uniones, rentas per cápita... no le corresponde una praxis coherente con tales definiciones. Parece poder deducirse que el hippy atribuye un carácter nominalista a los principios cognoscitivos de nuestra cultura. Y parece corroborarse por su actitud de indiferencia y abandono de las universidades, entregándose al primitivismo de las experiencias naturales.

3.2. — Ética

El concepto de virtud socrática es para los cínicos una mera «aptitud ética». Viene a ser un estado de ánimo que descansa en una recta inteligencia y en un prudente control de la voluntad. Según Antístenes, la virtud es algo que se puede aprender, algo armónico e inalterable como un don imperecedero. Todo lo que no sea virtud carece, para los hombres, de valor, mientras que ella es el cimiento de la felicidad.

Se advierte que la felicidad no consiste para la filosofía cínica en la fidelidad a unos principios morales supremos, sino en cierta actitud virtuosa, individualista y autártica.

3.3. — Autarquía

A dicha teoría autártica de la virtud va unido su ideal de ausencia de necesidades. En consecuencia la doctrina cínica sobre los bienes entabla una violenta oposición frente a la convencional valorización que los griegos tenían de las cosas. Vejez, muerte, pobreza, destino, clase social, fracaso no constituyen mal alguno como tampoco sus contrarios son bienes, ya que no pueden ser manantial de felicidad, prerrogativa exclusiva de la «aptitud ética».

4. — DIÓGENES; EL «PERRO»

El desarrollo práctico de las teorías cínicas fue protagonizado por Diógenes, apodado «el perro» por su modo de vestir, por sus modales externos, su comportamiento desvergonzado y su «contestataria» forma de vivir. Busca una desvalorización de los principios vigentes tratando de minar los fundamentos de la Polis griega. La cultura humana es para él un cúmulo de perniciosas equivocaciones en total beligerancia con la vida natural.

Absurdas para él la moral convencional y la ética social, trata con su ejemplo de arrastrar a los hombres hacia la madre naturaleza. Y basándose en la «pureza» de lo natural incurrió en desvergüenzas exageradas, incluso de naturaleza sexual. Escándalos premeditados que pretendían herir el sentimiento de decencia y el pudor del hombre civilizado. En esta línea de retorno a la naturaleza promovió Diógenes la idea del «amor libre».

Al concepto de virtud antisténica le añade Diógenes dos detalles: con relación a su individualismo establece la «apatía», inmunización de afectos y pasiones; y frente a su contorno exagera su «autarquía», ausencia de necesidades materiales —vivienda, vestido, alimentación—. Su disfrute se reduce a la asimilación de los instantes presentes.

Para conseguir esa apatía y autarquía propone

una lucha constante contra el «ponos», la fatiga del esfuerzo que después requiere un descanso. En definitiva, rotas las ataduras sociales —matrimonio, familia, Estado— es partidario de aquella vida indolente al calorcito del sol y al remanso del tonel.

Un discípulo de Diógenes, Crates de Tebas, cedió a sus conciudadanos considerable fortuna material para dedicar su vida a la práctica del ideal cínico. Y es curioso, encontró una fanática compañera en Hiparquia, hija de una rica familia de Meronea, ciudad de Tracia.

Tal es en simple esquema la filosofía cínica, cuya consistencia no se trata de defender, sino de recordar como probable fuente para la comprensión de muchos matices en el ideal y en las actitudes hippies. Deduzca el lector comparaciones que eludimos por innecesarias.

5. — UNA ANÉCDOTA DE ACTUALIDAD

Al rumorearse por Corinto que Alejandro Magno preparaba el asalto de la ciudad, los corintios abandonaron sus diarios quehaceres para dedicarse a fortificarla. Unos —cuenta Luciano de Samosata— transportaban piedras, otros reparaban la muralla, y cada cual se dedicaba con afán a lo que fuere pertinente.

Diógenes, testigo de tan diligente trajín, se dedicó a subir su tonel por las laderas del Cranión y dejarlo rodar una y otra vez.

Algunos de sus íntimos se le acercaron creyéndole chalado.

—Pero, ¿qué haces, Diógenes?

—Ya veis. Me dedico a estos menesteres para no dar la impresión de ser el único que no trabaja en la ciudad.

Hoy la moda no induce a rodar toneles laderas abajo, sino a pasear mochilas caminos adelante, al hallazgo de futuros paraísos.

JOSÉ MIGUEL DE LA FUENTE

Un héroe de ficción

POR C. VIDAL LLÀSER

Como en los versos del poeta, podría decirse que el viejo Vicente, de Formentera, volvía cada día a su casa, a su choza de piedras y leña, «chorreando mar». A partir de un día el mar se había convertido para él en un mundo poderoso sumergido, un mundo que albergaba en sus entrañas —acariciado por la música maravillosa de su silencio impresionante— el mayor tesoro que él podía desear. Debajo de la claridad de sus aguas, entre los multicoloreados peces de ojos salientes, en las hondas gargantas de sus rocas y cue-

vas misteriosas, allí estaba, durmiendo un sueño de siglos, su extraordinaria «aventura maris». Por eso todos los días, con su infinita paciencia y su renovada esperanza, el viejo se hacía a la mar en un pequeño bote y proseguía con su búsqueda incesante, con aquella su locura, que los demás hombres de la isla no alcanzaban a comprender. De las tres gracias que, según dicen, están guardadas para los viejos —los cuales sólo pueden escoger una— y que son el mar (para dormirse con su canción), las estrellas (para